
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

Sobre el letargo invernal de las golondrinas y picaflores Lugones, L. 1932

Cita: Lugones, L. (1932) Sobre el letargo invernal de las golondrinas y picaflores. *Hornero* 005 (01) : 085-088

caso que ofrezca alguna particularidad que salga de lo común, la registren en fotografía y manden una copia a la Sociedad Ornitológica del Plata. Sería una forma de ir completando la « iconografía » de los nidos de hornero. Nos interesaría igualmente la remisión de observaciones o datos estadísticos de los nidos que lleven su puerta hacia la derecha o hacia la izquierda, así como también su orientación, y comprobar si efectivamente la entrada del nido se encuentra siempre enfrentando al lugar de más circulación o movimiento, en razón de que el hornero mientras construye vigila el punto de dónde puede ser molestado, de manera que va construyendo su horno de atrás para adelante de modo que termina con la parte que no construye, la abertura, que en ésta forma viene a quedar frente al camino o al sitio de más bullicio.

SOBRE EL LETARGO INVERNAL DE LAS GOLONDRINAS Y PICAFLORES (1)

Durante el invierno a menudo crudo, que debía soportar la región montañosa del centro argentino, algunos días tibios venían a atenuar con una suavidad pasajera los rigores de la estación. Esto ocurría generalmente entre el 22 y el 28 de junio, semana llamada « el veranito de San Juan », que corresponde a la San Martín del invierno europeo; o bien hacia el principio de agosto, menos ventoso, como lo es marzo en Europa. Los picaflores, desaparecidos desde las primeras heladas, reaparecían entonces, algo menos vivos y menos brillantes que en verano, pero bastante activos como para explorar durante horas las ramitas secas, en busca de algunas florecillas precoces o insectos atrevidos, reanimados por la elevación de la temperatura. Los picaflores abundan en esa región, siendo los más comunes entre ellos el *Chlorostilbon splendidus* de d'Orbigny, verdadera brasa metálica, esmaltada con un triple reflejo de esmeralda, zafiro y oro, y el *Sappho phaon* de Gould, cuya larga cola bifurcada semeja una brasa de cobre rojo.

Yo no había pensado nunca que lo repentino de estas reapariciones tuviese nada extraño, habituado desde la primera infancia a considerarla como inseparable del retorno más o menos anormal del calor. Niños ojeadores de breñas, todos conocíamos este fenómeno; así, cuando a la caída de una tarde de junio o de agosto, notábamos que la temperatura había

(1) Reproducimos, con autorización del autor, estas dos interesantes observaciones, hechas en Córdoba por el señor Leopoldo Lugones, de un artículo en francés que publicó en la *Revue Sud-Américaine*, de París (nº 6, p. 360-370), con el título de « Tres hechos de historia natural », siendo la tercera observación de índole entomológica. Se recordará que sobre este mismo asunto se publicó en EL HORNERO (t. II, p. 228), una observación análoga del doctor Alberto Castellanos, titulada « ¿ Las golondrinas emigran o se aletargan en el invierno? ». (Nota de la Redacción).

subido de golpe, o que empezaba a soplar el viento cálido del norte, nos decíamos con una certidumbre alegre:

— Mañana « saldrán » los picaflores.

Pero nunca, en verdad, nos habíamos preocupado por saber de dónde « salían »; recuerdo tan solo que una vez, alguno de los mayores dijo con autoridad:

— Vienen del Paraguay.

A nadie se le ocurrió pensar que una sola noche no habría bastado para ese viaje de 800 kilómetros, sin contar que los picaflores no vuelan de noche. No nos preocupábamos tampoco por la desaparición no menos repentina de esas aves, en cuanto volvía a hacer frío: en efecto ella se producía a las pocas horas.

El hábito de explorar los rincones, de remover las piedras, de levantar la corteza de los árboles para recoger insectos, me dió, sin buscarla, la clave de este pequeño enigma.

Ocurrió que una tarde de invierno, mientras que yo viajaba con el capataz de nuestra estancia, situada en el extremo norte de la Sierra de Córdoba, empezó a llover. Era una de esas lloviznas que mojan mucho, y el camino desparejo no permitía apurar el paso de los animales. Como quedaban todavía varias horas antes de anochecer, buscamos el abrigo de unas grandes rocas rodeadas de árboles. El frío era vivo, y resolvimos encender fuego, habiendo leña abundante. Mientras que mi compañero, envuelto en su poncho, quedaba dormitando, yo penetré en una grieta profunda, tapizada de líquenes y de musgos. En el fondo, en un poco de tierra, acumulada tal vez por antiguas filtraciones, crecían algunos helechos. Detrás de estas plantas reinaba una temperatura suave, muy perceptible. Los musgos que cubrían el techo de la caverna eran también más tupidos; y habiéndome puesto a revolverlos, descubrí un picaflor del género *Chlorostilbon* que, a primera vista, me pareció muerto. Estaba como envuelto en el musgo, casi sobre el lomo, todo encogido y el pico pegado al vientre. Cuando quise sacarlo, advertí que estaba prendido a los filamentos vegetales, y que ofrecía una resistencia elástica. Fué la primera impresión de vida que me dió. Cuando lo tuve en la mano, movió ligeramente la cabeza y dobló lentamente las patas. Estaba completamente frío y parecía desecado. Lo llevé al lado del fuego y lo enseñé a mi compañero, quien se conformó con decir:

— Debe estar dormido.

Pero era esa una simple conjetura, pues, me dijo que nunca había visto nada parecido. Lo puse cerca del fuego, en un pliegue de mi poncho. Se reanimó luego quedando como sentado sobre la cola. Después, abrió las alas con un movimiento bastante vivo, y sacó dos o tres veces la lengua; pero seguía con los ojos cerrados. Solo los abrió cuando lo puse en el hueco de mi mano. Evidentemente desconcertado y aun no muy despierto, no

demostraba sin embargo ninguna alarma y no hacía ademán de volarse, aunque repitiese varias veces su aleteo.

Concluída la lluvia, lo llevé a casa. Llegó sano y salvo, y se puso a beber con avidez en una cuchara llena de agua azucarada que le ofrecí. Se le preparó para la noche una cama de lana en el fondo de un canasto abierto colocado cerca de un brasero que calentaba la habitación. Al otro día, se encontró el pájaro muerto entre el nido artificial y el fondo del canasto que lo contenía.

No conozco otro caso de sueño invernal entre los picaflores argentinos; pero éste explica, a mi parecer, las reapariciones repentinas a las que me he referido antes. He tratado a menudo de confirmar con otros hechos esta observación debida a la casualidad, pero sin resultado. Sábese con qué habilidad se ocultan los animales y se comprende cuan fácil debe ser para un ave tan pequeña el disimularse.

Algunos años más tarde pude comprobar un nuevo caso de sueño invernal, en otro pájaro de la misma región: la pequeña golondrina campestre (*Hirundo rustica*), llamada por nuestros campesinos «golondrina de los pozos» debido a su hábito de anidar en ellos aprovechando los intersticios de las paredes.

Desaparecían con los primeros fríos, y reaparecían también repentinamente, en pleno invierno, en cuanto la temperatura volvía a una suavidad precoz; y dado que ellas anunciaban así, por anticipado, la alegría de la renovación en los campos mustios, era un encanto verlas pasar rizando la superficie de las aguas, como «midinettes» que cosieran para la primavera un vestido de aire y agua azul; o alegrar el cielo cuyo ojo profundo parecía guiñarlas, o quebrar en estallidos de cristal la paz del viejo pozo en el que desaparecían como ratones.

Una tarde de junio, al ponerse el sol, yo volvía de caza en la montaña; la escopeta sobre el hombro, caminaba lentamente, bajo la impresión del silencio y de la soledad de la naturaleza adormecida. Disfrutábamos desde la víspera el «veranito de San Juan», al que debía en gran parte la oportunidad de ese paseo. Para acertar camino había tomado el lecho de un arroyo seco, encajonado entre dos altas barrancas. De repente, a una distancia de diez metros, voló una golondrina. Me pareció verla salir de la barranca más cercana, a la altura de mi cabeza; revisando el lugar observé un pequeño reborde de tierra removida. En el momento en que yo llegaba allí, salió otra golondrina; entonces ví que ésta había salido de un agujero casi tapado por la tierra. Corté una varita para explorar la cavidad, y a una profundidad de sesenta centímetros en sentido horizontal, sentí que tocaba el fondo, donde algo se movía, al mismo tiempo que se oían gritos ahogados. No vacilé en introducir mi brazo palpando rápidamente la tierra blanda de la entrada. El túnel se ensanchaba mucho y terminaba en una cavidad tapizada de plumas, y muy

caliente. Había allí cinco golondrinas que saqué y puse en libertad. Entre éstas, tres volaron de mi mano con mucho vigor. Las otras dos, aun mal despiertas, salieron con un vuelo pesado, a ras del suelo. La primera tropezó con una rama y cayó, pero para levantarse en seguida. Todas desaparecieron muy pronto, pero diez minutos después, una de ellas volvió a la cueva. Se quedó en el borde un instante, dió algunos pequeños gritos y voló de nuevo. No las volví a ver, pues el nido quedó abandonado hasta el fin del invierno. Yo dejé el lugar en la primavera, también para no volver. Agregaré que todas esas golondrinas eran evidentemente ejemplares adultos. Dos de ellas me parecieron, sin embargo, ser de un tamaño excepcional, y pertenecer más bien a la *Stalgidopterix ruficollis* del Cabo, que a nuestra pequeña *Hirundo rustica*.

LEOPOLDO LUGONES.

LOS TIPOS DE AVES CONSERVADOS EN EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO (CHILE) (1)

Durante un viaje de estudio a la República Argentina, en el otoño del año pasado, al visitar uno de nosotros (G. Looser) en el Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, al doctor Roberto Dabbene, este distinguido ornitólogo, jefe de la sección respectiva en dicho establecimiento, se refirió a las especies de aves descritas por el doctor R. A. Philippi, y nos dijo haber oído que los tipos de dichas aves habían desaparecido del Museo Nacional de Chile. Las palabras del doctor Dabbene nos sorprendieron mucho; pero no pudimos en el momento ni rectificarlas ni confirmarlas; pues no nos habíamos ocupado antes de las aves del Museo; pero prometimos al doctor Dabbene aclarar este asunto tan pronto regresáramos

En Santiago dimos inmediata cuenta de esta conversación al Director del Museo Nacional señor Ricardo E. Latcham, quien dió en el acto toda la importancia que tenía a este grave rumor que circulaba en el extranjero referente a las colecciones ornitológicas del Museo, y nos ordenó a los dos firmantes de este artículo que investigáramos con todo tesón lo que hubiera de cierto. El señor Latcham añadió que hacía poco tiempo había leído en una publicación norteamericana las mismas aseveraciones del doctor Dabbene.

Al poco andar en nuestras revisiones nos dimos cuenta que la casi totalidad de los ejemplares que habían servido a Philippi y a otros ornitólogos del Museo para sus descripciones, se conservaban y por lo general en un estado de conservación muy satisfactorio no obstante su antigüedad; pues quizás más de la mitad data de los años 1850-60, es decir hace $\frac{3}{4}$ de siglo que están en el Museo. Esto

(1) Extractado del «*Boletín del Museo Nacional*», tomo XIII (1930), p. 5-36. — Santiago de Chile, con autorización de los autores.